



# ¿QUIÉN QUIERE MATARTE?

(Juan 7, 20)

Fernando Montes, S.J.

preguntas  
del evangelio

Muchas veces habló Jesús de su muerte. Es parte de la ideología actual no hablar de este asunto. El morir no parece estar en el horizonte de nuestros contemporáneos y por eso el tema de esta pregunta no interesa. Sin embargo el morir tiene relación estrecha con lo que uno hace en esta vida.

El Señor percibía que su doctrina hería muchos intereses. Su cercanía con los marginados, su visión de una religión que genera libertad interior, su llamado a evitar la hipocresía y el formalismo de fachada, su relación confiada y filial con Dios rompían los esquemas sobre los que se organizaba la sociedad de su tiempo. Maestros de la ley, fariseos, saduceos, esenios, sacerdotes se sentían amenazados al oír que el reinado de Dios que ellos esperaban no pasaba por sus estrechos marcos. Un hombre sencillo y sin escuela, venido de Galilea, se atrevía a decir que el sábado era para el hombre y no lo contrario; que lo que encucia no es lo que entra, sino lo que sale del ser humano; que los tesoros pueden ser pasto del orín y las polillas; que Dios no hace acepción de personas y que llegaría un día en que el Señor sería adorado en espíritu y en verdad, ensanchando los estrechos límites del templo de Jerusalén. Ese hombre se atrevía a decir que el Reino de Dios estaba cerca; más aun, que estaba dentro de cada uno, pero que no consistía sólo en cumplir la letra de la ley o en ayunar y menos en realizar ritos. Él agregaba que ese reino padecía violencia pero que no se alcanzaba por la espada. En ese Reino

las prostitutas, los leprosos, los pecadores y los publicanos, todos los postergados, serían bienvenidos, que Dios los acogiera y sería su garante.

Jesús quería ser fiel a esa doctrina que no era suya sino recibida de su Padre<sup>1</sup>. Él percibió, sin embargo, que enseñar esas cosas era en extremo peligroso y les dijo a sus oyentes que ellos lo querían matar. La gente, extrañada, permaneció como si nada pasase. Como en el mundo de hoy tratándose de la muerte, esa gente negaba el problema, lo ocultaba o simplemente se mentía a sí misma. Por eso preguntó: "¿Quién quiere matarte?"

En este contexto vale la pena entender la enseñanza de Jesús a sus discípulos: "No temáis a quienes matan el cuerpo, temed más bien a los que matan el alma"<sup>2</sup>. El Señor no cambió, mantuvo la integridad de su mensaje, la coherencia con su misión. Hubiese sido fácil para Él adaptarse, silenciar su doctrina o buscar un entendimiento. La conciencia de que existía un peligro le obligó a reforzar la guardia. Él prefirió mantener la fidelidad a su Padre. Por eso murió, por eso su muerte tuvo sentido...y por eso mismo vive para siempre.

"¿Quién quiere matarte?" Como la gente que rodeaba a Jesús, podemos andar por este mundo sin tomar conciencia de que hay formas sutiles de darnos muerte. No nos damos cuenta de que somos acosados por todos los costados. Somos muchos los que creyéndonos vivos deambulamos por el mundo con el alma medio muerta. Sin esperanza, sin ilusiones, sin saber a dónde vamos, perdiendo las mejores energías en cosas que, a la larga, no dan vida. Es impresionante el número de gente amargada, solitaria, angustia-

da o deprimida. Viejos y jóvenes, sin distinción de clases, sienten oprimirseles el alma, ella se les apaga, y con eso un día llegará la muerte sin sentido. Existen muchos elementos de las ideologías imperantes que nos encierran en nosotros mismos. Preocupados desmesuradamente por la vida corporal, por la belleza física, por las apariencias, olvidamos las enseñanzas del Maestro sobre olvidarse de uno mismo y dar la vida. La ideología del éxito a cualquier precio, de la importancia desmesurada del dinero, de la búsqueda apasionada de los medios sin tener fines que valgan la pena, produce efectos que son peores que la muerte física. Muchos prefieren abandonar la vida precisamente porque sin darse cuenta han perdido la razón de vivir.

No podemos existir fuera del tiempo, no podemos dejar de compartir nuestra cultura, pero no podemos permitir que ella nos arrebate la existencia. Muchas veces les transmitimos a nuestros hijos, les enseñamos en las escuelas cosas que en verdad los matan. ¿Nos hemos preguntado a fondo qué cosas nos quitan el gozo más profundo de vivir? Nos preocupamos, con razón, del *smog*, de la higiene, de las epidemias, y desatendemos lo más importante. Nosotros que estamos hechos para la vida, que añoramos la plenitud, tenemos que ser conscientes de que, tal vez sin pensarlo y deseándonos el bien, muchos quieren matarnos. No se trata de vivir atemorizados sino de volver al Evangelio que es fuente de la vida. Todos vamos a morir pero es grandioso morir después de haber vivido de verdad con proyección eterna.

<sup>1</sup> Juan 7,16

<sup>2</sup> Mateo, 10,28